

**Los heridos**  
**León Trotsky**  
**31 de octubre de 1912**

(Versión al castellano desde “Les blessés”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 205-211; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 302, 31 de octubre de 1912.)

Tras una primera clasificación de los muertos y heridos, se lleva a cabo una segunda clasificación para separar a los heridos graves de los heridos leves. Los heridos más graves son trasladados a Kirklareli, Jambol o Filipo, lugares no muy alejados del lugar de los combates, mientras que los heridos *leves* son transportados a Sofía. Casi todos los heridos leves están aquí: tienen heridas en las piernas, los brazos, los hombros... Las heridas de estos hombres no parecen ser tan leves. Inmersos aún en el fuego y el estruendo de la batalla que los ha lisiado, parecen venir de otro mundo, terrible y misterioso. Ningún pensamiento o sentimiento puede apartarlos del recuerdo de la batalla. Siguen poseídos por ella, aunque hayan sobrevivido. Hablan constantemente de ella. Les atormenta incluso en sueños.

- Yo pertenezco al primer regimiento. Marchábamos hacia Lozengrad cuando recibimos la noticia de que la ciudad había caído. Así que nos volvimos hacia Odrin. No sabría decir exactamente dónde estábamos cuando nos encontramos cara a cara con un destacamento turco que iba a apoyar a Lozengrad. Me hirieron en el brazo, pero no me di cuenta enseguida. Sentí que algo me molestaba, pero seguí disparando durante otra media hora sin darme cuenta de que estaba herido. Entonces me hirieron en la pierna y caí como una piedra. Me sentí como si estuviera ardiendo... Mis compañeros me levantaron y me llevaron dos verstas hacia la retaguardia. Y allí, unos médicos me subieron a un caballo...

-... Los dos regimientos, el 1º y el 6º, habían formado una sola columna de marcha. El 6º regimiento había venido a reforzar al 1º. A la cabeza iba un escuadrón de caballería de reconocimiento. El enemigo estaba apostado en un lugar llamado Silio-Selo o algo así [Süloğlu]. La caballería, que había estado cargando, fue hostigada por fuego de fusilería, por lo que el escuadrón tuvo que regresar a nuestra posición. En ese momento, abrimos fuego en la dirección del fuego turco. Pero incluso antes de que consiguiéramos desplegar todo nuestro fuego, fuimos alcanzados varias veces por la metralla. La artillería turca, de la que no éramos conscientes, nos cogió por sorpresa. Nos hostigaron primero por un flanco y luego por el frente izquierdo. No teníamos artillería.

- El 1er regimiento resultó muy tocado. El día 9, a las dos de la tarde, la batalla comenzó inesperadamente. Nuestra artillería llegó en una media hora y nos cubrió mientras atacábamos. Algunas de nuestras compañías se lanzaron al ataque gritando “¡Hurra!” y “*Na nož!*”. Sacamos a los turcos de su posición y nos hicimos con nueve cañones de tiro rápido y una caja de municiones, todo nuevo. Rompimos el flanco derecho, empujando a los turcos hacia el pueblo de Tatarlj [Tatarlar] donde estaba nuestro cuartel general de división.

- Hicimos muchos prisioneros. Nuestra compañía capturó vivos a veinte soldados turcos y a un oficial. Los llevamos a Tatarlj. Entre los prisioneros había un serbio, un griego y dos macedonios. Los nuestros (los macedonios) decían que a los turcos no les gustaba el frío del acero. Se quejaban de que nosotros, los malditos “*gâvurlar*”, utilizábamos la bayoneta con la misma despreocupación con la que se come un trozo de pan. A mí me arañó la metralla que me cayó encima durante el combate. Después nos

trajeron aquí mientras los heridos más graves, con heridas en el estómago y el pecho, se quedaron en Jambol y Kǎzǎl-Agač [Elhovo]. Las escuelas y los barracones están llenos a rebosar de heridos. Un buen número de nuestros camaradas han sido heridos por el fuego de artillería...

-... Pertenezco al 16º regimiento de infantería de reserva. Nuestros dos regimientos, el 16º y el 25º, estaban en marcha a una distancia de tres o cuatro verstas de los regimientos 1º y 6º. Hacia el mediodía del día 9 estábamos comiendo cuando sonó la alarma. El 25º regimiento se puso en marcha mientras que los del 16º permanecemos en reserva con nuestra artillería. Continuamos avanzando hasta la mañana del día 10, cuando nos encontramos cara a cara con un gran contingente de turcos. ¿Dónde? En algún lugar cerca de Odrin, no puedo decirlo con exactitud.

- Todo iba bien mientras avanzábamos bajo el fuego enemigo. Pero cuando nos ordenaron retirarnos, muchos de nosotros caímos bajo el fuego de las ametralladoras. El día 10 llovió a cántaros. Nuestros cañones se atascaron y no había forma de sacarlos. Mientras tanto, la artillería de campaña turca disparaba sin parar. Nos dijeron que nos enfrentábamos a cuatro divisiones turcas, mientras que nuestras posiciones avanzadas tenían cuatro compañías en total. El primer día de la batalla fue terrible. La mayor parte de la metralla que caía en el barro no explotaba, pero sí lo hacía la que caía sobre nuestras mochilas porque estábamos de espaldas. En ese caso, el *vojniki*<sup>2</sup> perdía su mochila, pero salvaba el pellejo. La artillería turca dio en el blanco: todas las granadas cayeron en un punto preciso. Si el tiempo hubiera sido bueno, ninguno de nosotros habría sobrevivido...

-... El problema más grave era que nosotros, los regimientos 1º y 6º, nos habíamos quedado sin municiones. Nos habían dado 150 balas a cada uno. Las gastamos todas y no recibimos reavituallamiento.

- ¿Se calentaban sus rifles al disparar?

- No lo sé. Yo no noté nada. Hacía tanto calor que ni siquiera éramos conscientes de que teníamos un arma en las manos. Partimos al ataque gritando: “¡Hurra! *Na nož!*” y los otros retrocedieron. Ellos corrían como locos y nosotros nos parábamos para tomarnos el tiempo necesario para apuntar y dispararles. Acribillamos la primera línea y de nuevo nos ordenaron atacar con bayonetas. A menudo se nos rompían las bayonetas. Las empujábamos enteras de nuevo y las sacábamos rotas en dos.

- Dicen que cuando los serbios cargan con sus bayonetas, no gritan “*Zivio*” sino “¡Hurra! *¡Na nož!*” Este grito asusta a muerte a los turcos.

-... Se dice que los turcos envían al frente a cristianos poco armados. Cuando gritamos “*¡Na nož!*”, se ponen a cubierto mientras los cristianos izan la bandera blanca. Dejamos de disparar y nos acercamos para desarmarlos. Justo entonces, los turcos empiezan a dispararnos.

En algún lugar había un pequeño destacamento de veinticinco macedonios búlgaros y siete turcos. Los macedonios decidieron pasarse al bando búlgaro. Hicieron prisioneros a los turcos y cruzaron la frontera con ellos. Más tarde, los volví a ver en Jambol.

- Yo también pertenecía al 1er regimiento. La metralla me alcanzó entre los omóplatos al atravesar mi mochila. Todavía me tienen que quitar algo de metralla. Me cuesta quedarme quieto, respirar e incluso sentarme. Cuando me alcanzaron, me desplomé y sentí un ardor infernal... Un enfermero vino en mi ayuda. Intentó levantarme, pero también fue alcanzado y murió en el acto. Cuando se enfrió la metralla que tenía en la espalda, me quité la mochila, luego la camisa y me tumbé en el suelo sin camiseta. No perdí el conocimiento ni por un momento. El dolor era tan grande que resultaba indescriptible. Mientras me retorció de dolor, hice un gran agujero con los pies sin darme

cuenta. Me salía sangre por la boca. Ya estoy mejor, pero sigo sintiendo una punzada al toser.

- He perdido sensibilidad en un lado, entre el pecho y los omóplatos. Pero no he perdido el apetito. Como de todo. Con la ayuda de dios, me estoy recuperando. Cuando caí, nuestros hombres seguían avanzando entre los muertos y los heridos, con las bayonetas caladas en los fusiles. Me dije que todo estaba bien para los que habían muerto, y aún mejor para los vivos que atacaban, mientras que nosotros, los heridos, éramos los peor parados. Pasamos toda la noche bajo la lluvia. Al día siguiente, hacia el mediodía, nos recogieron. Muchos de los heridos no sobrevivieron hasta que llegó la ayuda. Murieron donde cayeron heridos.

- No hacen mucho daño con sus rifles porque no apuntan muy bien. Basta con tirarse al suelo boca abajo para que las balas vuelen por encima de la cabeza. Lo peor son las ametralladoras. Las ponen en camiones. Izan la bandera blanca y cuando están a tu lado empiezan a acribillarte. Los regimientos 1º y 6º se fusionaron. El 6º regimiento también sufrió graves bajas allí...

- A mí no me pasó gran cosa. Una bomba me dejó fuera de combate. En realidad, no me hirieron, sólo mis huesos recibieron una fuerte sacudida. Mis huesos ya se han recuperado, así que debería salir del hospital. Rezo para que dios me mantenga vivo y sano porque quiero volver y luchar contra los turcos. Su asquerosa dominación de Macedonia ha durado demasiado.

- Me hirieron en el brazo y la pierna izquierdos. La bala me atravesó de parte a parte. Me duele mucho, pero mis huesos están en buen estado.

Mi interlocutor sonríe dejando al descubierto unas encías anémicas y grandes agujeros entre los dientes.

- Así fue como ocurrió. En la frontera, los turcos habían destruido nuestros puestos avanzados y estaban ocupando nuestras fortificaciones. Había dos compañías de infantería y una de ametralladoras. Creyendo que aún controlábamos las fortificaciones, nuestra 1ª compañía avanzó sesenta pasos. Los turcos les dispararon en ráfagas. Nuestros hombres gritaron: “¡Hurra! ¡*Na nož!*” Los turcos salieron de las fortificaciones y huyeron. En el flanco izquierdo, un oficial turco intentó detenerlos forcejeando y dando órdenes.

En un momento dado, empezó a tambalearse y estuvo a punto de caer, tal vez porque estaba herido. Fue entonces cuando los tomamos al asalto. En el calor del momento, le atravesé con mi bayoneta...

- No habíamos mirado a nuestro alrededor, así que no nos dimos cuenta de que dos escuadrones de caballería turca venían hacia nosotros. Nos dieron una buena paliza. Fue entonces cuando dos de nuestras compañías se unieron a nosotros. Abrieron fuego contra la caballería enemiga, obligándola a retirarse. Fue cuando fui a coger el sable del oficial turco y ofrecérselo al comandante de nuestra compañía cuando fui alcanzado por una bala. Ninguno de nuestros hombres resultó herido por bayoneta. A los turcos no les gusta el combate cuerpo a cuerpo. Retrocedí, solo, cien pasos por detrás de la línea del frente y me tumbé en el suelo. Fue entonces cuando los médicos vinieron a buscarme.

Un joven imberbe, casi un adolescente, me cuenta su historia y se diría que es como si estuviera a punto de revivirla.

- Efectuamos maniobras desde el día 9 hasta el 10 a las cuatro de la tarde, sin comer ni beber. Nadie pensaba en ello. La noche fue peor que el día. Los turcos nos buscaban con sus reflectores: la llanura estaba tan iluminada que era como si pudieran contar nuestros cabellos. Me aterrorizaba la idea de estar a la intemperie, pero la artillería turca no abrió fuego hasta que oscureció. De repente, llegó la luz del día. La batería turca estaba apostada en una pequeña colina. La infantería turca se había atrincherado y estaba protegida por la artillería. Avanzamos bajo un incesante fuego de artillería con pocos

lugares donde refugiarnos. Teníamos hambre y frío, y estábamos sucios y agotados. A las cuatro de la tarde, nuestro comandante en el pueblo de Kalonno telefoneó para pedir que otro regimiento viniera a sustituirnos. Me hirieron con una bala en las partes blandas. Muchos de nosotros fuimos heridos de esta manera. Estábamos boca abajo y las balas pasaron por encima de nuestras cabezas. Cuando nos alcanzaron, fue en las nalgas o en las pantorrillas. En mi caso, la bala entró justo por debajo de la rodilla derecha y salió por la planta de los pies...

- Nuestro teniente, Zagrevskij, mató a cuarenta y seis turcos con sus propias manos y luego fue herido en la pierna y en la mandíbula. Los turcos pensaban que no sólo habría búlgaros, sino también moscovitas... Todavía se acuerdan de los moscovitas. Estamos bien en el hospital. Las enfermeras alemanas nos cuidaron bien. En cambio, en Jambol la cosa estaba muy mal. Teníamos nuestros propios médicos militares, pero había demasiados heridos y no había suficiente personal médico. La cosa no resultó fácil con los vendajes. Nos los arrancaban de la carne sin miramientos. Aquellos vendajes me daban más miedo que las ametralladoras turcas. Aquí te cambian las vendas cada hora y te sientes mejor después...

Los relatos de los heridos son bastante confusos e imprecisos, tanto al describir los lugares donde tuvieron lugar los combates como la disposición de los regimientos, incluido el suyo propio. Eran, y siguen siendo, minúsculas partículas que intuyen que forman parte de un gran plan complejo del que no saben nada. Sus unidades militares se han topado con unidades turcas desconocidas para ellos, en el curso de la ejecución de un plan o tal vez al margen de cualquier planificación. Además de las heridas infligidas en sus cuerpos, los combates han provocado una clara ruptura en la vida de los soldados. Hoy, todo lo que se remite a antes de la guerra (el trabajo, la familia) se ha vuelto borroso, confuso, como diluido en una especie de confusión mental. Hablan y piensan en la guerra durante días enteros. El sonido de las ametralladoras retumba en sus oídos, las heridas quemán y hacen sufrir...

Los convalecientes deambulan por los pasillos hablando entre ellos, pero en realidad sólo se oyen a sí mismos y al terrible eco de las horas pasadas bajo el fuego enemigo. Intentan atraer a las enfermeras a este mundo de cañonazos y gritos, de “*Na nož*” que durará mucho tiempo, tal vez para siempre, en sus mentes destrozadas. Por la noche, deliran. En un estado de medio sueño, vuelven a oír los disparos, ven al enemigo y los camiones con ametralladoras, clavan sus bayonetas en los cuerpos de sus enemigos y reviven el momento en que cayeron, heridos... O creen ver el repentino haz de luz de los reflectores turcos en el pasillo. Se despiertan, empapados en sudor frío. Todo está tranquilo, cálido, limpio, rodeado de almohadas blancas; pero de las otras camas surgen quejas, gemidos de dolor o gritos angustiosos de pesadillas comunes a todos. El soldado vuelve a dormirse durante unos minutos y oye la orden “*¡Na nož! ¡A la carga!*” Contiene la respiración y se lanza hacia delante. Ve al oficial turco de pie, forcejeando y gritando órdenes a sus hombres. Pero el oficial no pudo terminar su frase, levantó los brazos y se tambaleó. Se desplomó, pero antes de que pudiera caer al suelo, la primera línea búlgara le había alcanzado. Una bayoneta rasgó la tela de la chaqueta del oficial. Una, dos veces, el soldado hundió su bayoneta, luego la retira. Ha hecho las cosas como debía hacerlas, como le enseñaron a hacerlas en el entrenamiento. Aunque sólo le quede un trozo de bayoneta en el extremo de su fusil...

Los hombres que yacen en las camas tienen entre veintiuno y cuarenta y ocho años, proceden de la ciudad y del campo. Uno es hortelano, otro carnicero, otro pintor de casas y luego hay cuatro granjeros y otro hortelano. Este hombre flaco, con un gran bigote y una mirada febril, es un comerciante. Los que peor lo están pasando no son los que han sido heridos en combate, sino los que han caído enfermos por las heladas, una infección

o un desafortunado accidente. Uno de ellos era un anciano que fue atropellado por un carro lleno de alambre de espino. A su vecino le dañó un ojo un cartucho de dinamita, incluso antes de que empezara la guerra. Lo reclutaron por error y ahora lo van a enviar a casa. Este otro soldado se rompió los huesos del cuello al caerse del caballo. A su lado hay un artillero con un absceso en la oreja. Tiene la cabeza vendada y la cara torcida por un dolor insoportable.

- Llevaba dos días en la carretera de Jambol a Tunja. Llevábamos unas horas bajo fuego turco, nada excepcional en realidad, dice el soldado de pelo negro de Sofía. Y entonces quise ayudar a empujar un cañón. Resbalé, caí al suelo y una rueda me pasó por encima de la pierna. Se me rompió. Llevo aquí nueve días

Los heridos leves, dados de alta del hospital, pasean por las calles, suben a los tranvías y se sientan en los cafés. Ahora forman parte de la población, de la vida de la ciudad. Allí, en cambio, frente a Andrinópolis y en dirección a Çorlu, se libraron nuevos combates. Las ametralladoras disparaban repetidamente y la metralla estallaba. Miles de heridos más regresaban del frente al corazón de Bulgaria. Ahora se están redibujando las fronteras de la península balcánica, pero el terrible legado de la guerra (esta generación herida, lisiada y mentalmente marcada) pesará durante mucho tiempo en el desarrollo cultural de este pequeño país.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> ¡A las armas! N. E.

<sup>2</sup> Combatiente. N. E.